



© Mariano Martín Rodríguez

Recuperación de la segunda y la tercera partes desconocidas de «Las peregrinaciones de Turismundo», de Miguel de Unamuno

*TRADUCCIÓN DE ETTORE DE ZUANI, INTRODUCCIÓN Y
RETROTRADUCCIÓN DE MARIANO MARTÍN RODRÍGUEZ*

Miguel de Unamuno (1864-1936) fue uno de los filósofos y literatos españoles más populares y traducidos en Italia en la primera mitad del siglo XX. Esta popularidad no debió de limitarse a una minoría de intelectuales, pues no solo le requirieron a menudo ensayos para publicaciones más o menos especializadas, sino que también se le pidieron cuentos para

revistas dirigidas al gran público. Estas revistas, que contaban con numerosas ilustraciones y fotografías, tenían carácter misceláneo, con artículos sobre moda, vida social, curiosidades de todo el mundo y turismo, pero también obras literarias breves. Entre tales revistas, se puede recordar en España *La Esfera* (1914-1931). En Italia existió un semanario similar entre

1915 y 1920 llamado *Il Mondo* [El Mundo], que ofreció entre 1919 y 1920 una serie de fascículos paralelos, también semanales y con su propia numeración y datación, constituidos por «Novelle e commedie dei migliori scrittori italiani e stranieri» [Relatos y comedias de los mejores escritores italianos y extranjeros]. En esta serie aparecieron por primera vez «Le peregrinazioni di Turismundo», esto es, «Las peregrinaciones de Turismundo» de Miguel de Unamuno, cuya traducción corrió a cargo de Ettore de Zuani (1897-1953), un activo difusor en Italia de la literatura moderna en lengua castellana. Él mismo y Enrico Somare (1889-1953), director de Sonzogno, la editorial de *Il Mondo*, debieron de convencer a Unamuno para que les enviara alguna narración inédita, siguiendo la costumbre de la prensa de la época de honrarse con la publicación de obras completamente nuevas, cosa que realizaba sin duda el prestigio intelectual de la publicación, sin importar que esa se dirigiera a un público de masas. Aunque estaba muy solicitado, Unamuno se avino a mandarles aquellas peregrinaciones de Turismundo.

Este plural del título es engañoso, pues se trata de un único viaje imaginario dividido en varias partes y que se publicó en varias entregas en *Il Mondo*, según la información facilitada por González Martín en 1978. Este investigador indicó que, en la revista *Il Mondo*, con sede en Roma (en realidad, en Milán; en Roma existía otra revista llamada *Noi e il Mondo* [Nosotros y el Mundo]), y concretamente «en los fascículos del 28-XII-1919, 15-II-1920 y 18 de abril de 1920 se pueden ver traducidas las distintas “peregrinaciones”, vertidas al italiano por Ettore de Zuani. En el correspondiente a abril de

1920 se anuncia para los números próximos la 5.ª peregrinación»¹. Esta mención obligaba a pensar que *Il Mondo* no había publicado tres «peregrinaciones», sino cuatro, y la lógica de la investigación habría aconsejado buscar esa cuarta peregrinación a la que ese investigador ni ningún otro, que sepamos, había hecho referencia. *Il Mondo* está digitalizado en parte, y tal como hemos podido comprobar consultando el catálogo de la Biblioteca Nazionale di Italia (sede de Roma), sus años 1919 y 1920 se pueden consultar libremente en línea. Por desgracia, faltan sus fascículos de 28 de diciembre de 1919 y del 15 de febrero de 1920, lo que nos ha privado, a falta de una consulta futura *in situ* de la edición en papel, de la parte primera, «La città “specchio”», y de la tercera, «Il rosaio del certosino».

En cambio, sí figura en el número de 18 de abril de 1920, la cuarta peregrinación, titulada «Tumicoba, gupimboda e fafiloria». Como siempre se ha creído en España que esta era la tercera parte de «Las peregrinaciones de Turismundo», es fácil deducir que debió de existir una parte desconocida en medio. La consulta de la edición digitalizada de *Il Mondo* así nos lo ha confirmado. En la primera página de su fascículo de 18 de enero de 1920 figura la segunda peregrinación de Turismundo, titulada en su traducción toscana «La montagna “Cheta”». En cuanto a la tercera peregrinación, su existencia no era ningún misterio desde que García Blanco aludiera a ella diciendo que, de estas peregrinaciones de Turismundo «solo conocemos dos eslabones y tenemos noticia de un tercero, posiblemente titulado “La cartuja del rosál”»². Esta afirmación corresponde a una intuición acertada, aunque García Blanco

¹ Vicente González Martín, «Difusión de la obra de Unamuno y eco de su personalidad en Italia», *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno*, n.º 25-26 (1978), pp. 91-126, en la p. 96.

² Manuel García Blanco, «Prólogo», en Miguel de Unamuno, *El espejo de la muerte y otros relatos novelescos*, Barcelona, Juventud, 1965, pp. 5-14, en la p. 13.

se equivocó en el título, al menos si creemos fiel al original el de «El rosaio del certosino» de la versión de Zuani, pues el texto castellano correspondiente de Unamuno no ha aparecido, mientras que Zuani reeditó en 1921 esa parte en su colección de *Novelle spagnole* [Relatos españoles]³, según la entrada c5 de la sección dedicada a las traducciones italianas de obras de Unamuno publicadas en volumen hecha por Borzoni⁴.

Habiendo localizado el texto de la traducción italiana de las dos partes desconocidas de «Las peregrinaciones de Turismundo», creemos oportuno darlas a conocer en este número de *Hélice* a los estudiosos y amantes de la obra de ficción de Unamuno. Aunque se trate de traducciones, Unamuno había escrito esas «peregrinaciones» expresamente para el público italiano, de modo que el texto de *Il Mondo* no es una versión cualquiera, sino aquella para la que la había destinado el propio autor. A esto se añade que no se puede descartar que la hubiera revisado, pues sabemos que lo hizo en otras traducciones de obras suyas publicadas en Italia⁵. Por ello, conviene reeditarlas⁶ junto con nuestra propia retrotraducción de ambas partes al castellano. Nuestra versión desempeña una función meramente instrumental. Se trata simplemente

de servir a los hispanistas y lectores hispánicos curiosos que no puedan disfrutar directamente de la elegante versión de Zuani, por lo que seguiremos un planteamiento traductológico de suma fidelidad, sin atrevernos naturalmente a imitar el personalísimo estilo de Unamuno, cuya difícil sencillez se puede disfrutar en las dos partes de «Las peregrinaciones de Turismundo» cuyo original en castellano sí se ha conservado.

De ellas, tan solo la primera, titulada «La ciudad de Espeja», se conoció en España en su tiempo, al ser la única que el propio Unamuno publicó en su lengua original, en el diario madrileño *El Imparcial*, en la octava página de su número de 9 de enero de 1921. Ignoramos el motivo de que se omitiera las demás partes. ¿Consideró que, habiendo sido un encargo italiano, bastaba con que se publicara la traducción? ¿Pensaba publicar todas las peregrinaciones de Turismundo en castellano, pero pudo haber perdido los originales, los cuales no parecen haberse conservado entre sus papeles? ¿O creyó que «La ciudad de Espeja» podía leerse como un cuento completo? En nuestra opinión, su lectura independiente sería posible, pero el final del cuento alude a una inmediata subida a una montaña, llamada Queda, de manera

³ Miguel de Unamuno, «El rosaio del certosino», *Novelle spagnole*, secondo volume (Lope de Vega - María de Zayas y Sotomayor - Antonio de Trueba - Juan Valera - J. de Asensi - V. Blasco Ibáñez - Miguel de Unamuno), a cura di Ettore de Zuani, Milano, Primato Editoriale, 1921, pp. 199-208.

⁴ Sandro Borzoni, «Tributo para una bibliografía italiana», *Cuadernos de la Cátedra de Miguel de Unamuno*, 35 (2000), pp. 147-197, en la p. 165.

⁵ Según afirma Vicente González Martín en su estudio «Las traducciones de las obras de Unamuno en Italia: el papel del autor», en Miguel Ángel Vega Cernuda (ed.), *La traducción en torno al 98*, Madrid, Universidad Complutense de Madrid, 1998, pp. 31-42, en la p. 31, «Miguel de Unamuno, en el caso de las traducciones italianas, adopta un papel activo en ellas, colaborando, en algunas ocasiones, de forma muy intensa en la traducción, desde el momento inicial de la génesis de la misma hasta su conclusión final».

⁶ Seguimos, respectivamente, el texto de *Il Mondo* para la segunda parte y el de *Novelle spagnole* para la tercera. Existe una pequeña discrepancia entre ambas en lo relativo a los nombres propios. En *Il Mondo* tenemos «Turismundo» y «Quindofa», mientras que en *Novelle spagnole* aparecen «Turrismundo» y «Chindofa». Como Turismundo parece más correcto, hemos armonizado esos nombres según la versión de *Il Mondo*.

que ese relato adopta la astucia de las viejas novelas por entregas de aludir a lo que vendrá, a fin de despertar la curiosidad de los lectores por la continuación. Por otro lado, «Las peregrinaciones de Turismundo», que nada tienen de convencionalmente folletinesco desde el punto de vista temático y retórico, anuncian desde su mismo título que se trata de una narración episódica en forma de viaje, cuyas distintas partes se dedican a cada lugar visitado, por lo que el final también sirve para anunciar la próxima etapa.

Este viaje es, desde el principio, una peregrinación que no se produce a través de nuestro mundo fenoménico o primario, sino en otro inventado o secundario, como lo había sido por entero el reino de su relato épico-fantástico «La sima del secreto» (1906; *Soliloquios y conversaciones*, 1911)⁷. Este tiene en estas «peregrinaciones» un cariz simbólico tendente a la alegoría, ya que explota la sugerencia de un enigma o misterio en el universo que reclama el ejercicio de la intuición, al tiempo que Unamuno especifica la correspondencia entre el símbolo y su referente abstracto, según el postulado ficcional de la alegoría, que se funda en un planteamiento racional y especulativamente científico, propio de las ciencias divinas de la teología o la metafísica. Esto se puede observar fácilmente en el episodio de Espeja. La llegada de Turismundo a esta ciudad misteriosa, a la que tan solo accede tras encontrar una puerta invisible en el muro de aire igualmente invisible que se opone a su paso y que luego lo atrapa en la ciudad, lo expone al misterio de observar que todo parece funcionar

por sí solo en la ciudad, desde los vehículos hasta las mesas llenas de viandas que se le ofrecen. A continuación, siente como si lo rodeara una muchedumbre humana que se moviera en una dimensión incomunicable, pues escapa a sus sentidos tanto como él escapa a los de los fantasmales habitantes de Espeja. Desesperado, acude a un cementerio con intenciones suicidas, pero el enano Quindofa sale de una tumba y le explica que la ciudad se llama Espeja y que la muchedumbre imperceptible es como un reflejo del propio Turismundo, lo que trasmuta el texto de simbólico en alegórico, lo cual también queda indicado mediante los nombres propios significativos (Turismundo, compuesto de *turismo* y *mundo*; Espeja o ciudad de los reflejos...).

A continuación, Quindofa invita a su nuevo amo a salir de la angustiada urbe y a subir a la cima de la montaña Queda para dominar el paisaje, una de las cosas maravillosas que se podían ver en aquel mundo, que Quindofa califica como su mundo de los dos, es decir, de él y de Turismundo. Esto confirma la impresión lógica de que Espeja, tal y como se describe, no tiene cabida en nuestro universo material en el que rigen determinadas leyes naturales, sino otras propias del mundo inventado que Quindofa, como criado y guía de Turismundo, le va explicando a lo largo del camino. Tal impresión será corroborada por la lectura de la segunda parte, la cual narra el prometido ascenso a la montaña Queda, cuyo nombre, una vez más, designa directamente la realidad abstracta que simboliza y comunica mediante su metáfora. Turismundo se ve deslumbrado

⁷ Al final de la parte principal narrativa de «La sima del secreto», Unamuno señala que no es un símbolo ni una alegoría. Como el reino sin nombre descrito tiene un carácter legendario y preindustrial (por ejemplo, en su ejército hay arqueros), así como un carácter integral y racionalmente coherente una vez aceptadas sus premisas, además de autónomo y cerrado con respecto a cualquier realidad pasada de nuestro mundo primario, cabe considerar que se trata de una subcreación según la teoría tolkieniana sobre la fantasía épica. Ni siquiera falta en «La sima del secreto» la dimensión de sobrenaturalidad, centrada en el misterio de esa sima, que está tan perfectamente imbricada en el reino donde está situada que determina el peculiar ordenamiento ontológico de aquel y, en consecuencia, del universo ficticio así generado.

por la belleza lejana de la montaña, que lo atrae irremediabilmente con una promesa de quietud mística inefable, tal y como indica la comparación con la experiencia de los discípulos ante la transfiguración de Jesucristo en el monte Tabor según los evangelios. Sin embargo, Quindofa lo va avisando cada vez de los peligros de esa calma insidiosa, evitando así que Turismundo eche literalmente raíces en el suelo y, más adelante, que se convierta en piedra como otros que habían subido también a la cumbre de la montaña Queda y allí habían permanecido para siempre, inmortales en su veste de rocas. De este destino de inmortalidad insensible e impersonal salva Quindofa a su amo al convencerle de bajar la montaña por la ladera opuesta a la de su llegada, pues la llanura de la que procedían la habían visto convertida en un mar inmenso con grandes plantas flotantes, un mar plano anterior a Tolomeo y Galileo, esto es, a la racionalización del universo por las ciencias naturales. Tal paisaje es, de hecho, irreductible a la razón, incluso alegórica. Estas imágenes, que tienen un marcado aire onírico, conservan, pues, el misterio del símbolo, de modo que se mantiene a lo largo de las peregrinaciones una tensión irresuelta entre la razón y la intuición como vías de conocimiento, cuyos límites mutuos se tematizan en la cuarta parte de «Las peregrinaciones de Turismundo», tras el paréntesis psicológico y mundano de la tercera.

La cuarta parte, titulada mediante las palabras inventadas de «Tumicoba, gupimboda y fafilonia», se conoce en su original castellano gracias a su publicación en 1958 por García Blanco en el tomo dedicado a la narrativa y los «monodialogos» de las obras completas

de Unamuno. La viuda del traductor se la había enviado a un amigo italiano de aquel estudioso⁸ y este pudo incluirla en su edición tras recibir así el autógrafo unamuniano. Esta parte transforma el tono de las «peregrinaciones» hacia una comicidad de índole absurda o incongruente, lo cual aleja esta parte del planteamiento estético y filosófico aún heredero del Simbolismo finisecular que tienen las dos primeras, y la acerca al ludismo vanguardista, tal y como anuncia el propio título, constituido por palabras inventadas por puro juego, a la manera de la poesía sonora y asignificativa del dadaísmo y otros *ismos* coetáneos.

Este ludismo se puede observar también en la transformación ilógica e irreverente de la realidad del mundo primario, por ejemplo, mediante las alusiones humorísticamente ucrónicas consistentes en la afirmación paradójica de que Cristóbal Colón habría formado parte de una expedición de indígenas americanos a Europa, tal y como novelaría más adelante Avel·lí Artís-Gener en *Paraules d'Opòton el Vell* (1968) / *Palabras de Opoton el viejo* (1992), entre otras declaraciones más o menos chocantes que se sostienen en el diálogo más o menos filosófico y no poco burlesco que entablan los dos viajeros en esta parte y que se habría de prolongar en la quinta parte. Quindofa había declarado a Turismundo, al final de la cuarta, que le contaría las aventuras de las hermanas Libertad, Igualdad y Fraternidad, a las cuales habían abandonado sus padres desnudas en un bosque frío, como comienzan bastantes cuentos maravillosos. En este caso, a juzgar por los nombres de las abandonadas,

⁸ Así lo indicó Manuel García Blanco en el prólogo al tomo ix de las *Obras completas* de Miguel de Unamuno, Madrid, Afrodísio Aguado, 1958, pp. 7-55, en la p. 17: «Una circunstancia fortuita ha puesto en mis manos el autógrafo de un III capítulo o parte de dichas peregrinaciones, el que bajo el título original de “Tumicoba, gupimboda y fafilonia”, incluimos en el lugar pertinente de este volumen. Debo dicho autógrafo [...] a mi buen amigo el doctor Arnaldo Bascone, [...] a quien se lo envió la viuda del hispanista Ettore de Zuani».

diríase que la narración tendería más bien a la parodia con intenciones de sátira política, aunque esto es algo que nunca podremos saber, porque *Il Mondo* no cumplió su promesa de publicar esa quinta parte, quién sabe si porque se perdió por los caminos postales o porque Unamuno no llegó finalmente a escribirla, consciente tal vez del peligro de creciente desajuste estético. Este desajuste ya se puede observar entre la comicidad de «Tumicoba, gupimboda y fafilonia» y lo sublime del misterio de determinados fenómenos cósmicos imposibles (desaparición de la línea del horizonte, luz sin sol que no produce sombras, etc.) en ella descritos. Estos subrayan una vez más que aquel mundo no es el de nuestro universo material, por lo que la insistencia en los comentarios en torno a referentes del mundo primario *contamina* negativamente el texto al socavar, sin respetar su lógica interna, autonomía y consistencia.

Además, ese mundo simbólico-alegórico parece de tal trascendencia que lo cómico parece fuera de lugar, injustificado. «Tumicoba, gupimboda y fafilonia» es precisamente la parte en la que se hace prácticamente explícita la definición del mundo por el que Turismundo y Quindofa peregrinan como una especie de purgatorio sin Dios, mientras este sigue dormido y soñando. Allí sufre Turismundo simbólicamente su angustia existencial, cifrada en la idea de incomunicabilidad con su prójimo que lo atrapa en un mundo moderno que siente tan ajeno como el protagonista del viajero que llega a la ciudad de máquinas sin hombres en el cuento ficciocientífico «Mecanópolis» (1913), el otro viaje imaginario especulativo escrito por Unamuno. Aquel carece, no obstante, de la variedad topográfica y filosófica de «Las peregrinaciones de Turismundo», cuya suma inventividad queda ampliamente demostrada a través de sus peripecias, al tiempo que su

riqueza filosófica es servida por un ejercicio constante, aunque no siempre igual de sugestivo y coherente como en sus dos primeras partes, de lo que María Zambrano (1904-1991) habría de caracterizar como razón poética, y de ahí el interés tanto literario como intelectual del rescate del conjunto, y la frustración por el hecho de que quedara trunca esta serie de ficciones unamunianas, posible inicio incluso de una novela.

Tal interés se ve realizado, además, por la introducción de un episodio que parece disonar del género de ficción, el viaje fabuloso a un mundo simbólico de nueva creación, en el que se pueden clasificar fácilmente «Las peregrinaciones de Turismundo». La tercera parte cuenta la visita de Turismundo y Quindofa a las ruinas de un monasterio, en el que ven admirados un hermoso rosal, bajo el cual encuentran unos huesos humanos y un documento biográfico, que es lo que se resume en esta parte. Así se intercala hábilmente una narración que se desarrolla enteramente en el mundo primario, en un tiempo indeterminado, pero en cualquier caso en uno en el que la vida y la sociedad están determinados por las doctrinas y usos del cristianismo, incluida la obsesión propia y ajena por la herejía. En este marco, el documento da cuenta de la desgraciada historia del cartujo y su rosal. Se trata sobre todo de una narración psicológica en torno a una personalidad fuera de lo común y rayana en lo patológico, como otras que el mismo Unamuno describió magistralmente en cuentos como «El que se enterró» (1908) o «Bonifacio» (*El espejo de la muerte*, 1913). Este último es el otro cuento de Unamuno que incluyó Zuani en *Novelle spagnole*, por lo que su elección de la historia del cartujo del rosal pudo deberse a su preferencia por ese tipo de relatos, los cuales abundan en la producción de Unamuno y pueden considerarse por ello

más representativos de su narrativa que una fantasía como «La ciudad de Espeja» o, su prolongación directa en la montaña Queda. En cambio, los caracteres psicológicamente peculiares que Unamuno describe a menudo se mueven siempre en un contexto que es el de la *vida real* preferida tanto por los escritores de narraciones de costumbres como por aquellos que perseguían dar cuenta más bien de los recovecos de la psicología humana, preferentemente de aquellos que resultaban atractivos por su exotismo para los lectores comunes, debido a su complejidad o incluso su patología. No olvidemos que esta es la época en que Sigmund Freud (1856-1939) glosaba el análisis psicológico realizado por medios literarios por Wilhelm Jensen (1837-1911) en la novela *Gradiva* [*Gradiva*] (1903), en que Marcel Proust (1871-1922) ahondaba en la psicología del recuerdo a través de su serie del mundo perdido y en que Arthur Schnitzler (1862-1931) cultivaba magistralmente el monólogo interior.

A la obra de estos autores es a la que conviene comparar buena parte de la ficción breve de Unamuno, incluida este análisis de la angustia existencial causada por un temor patológico a la muerte que se realiza al

reproducir o resumir la vida del protagonista. Este había encontrado refugio de su obsesión en una cartuja, pero lo único que realmente acaba aliviándolo es cuidar de un rosal que allí crecía, con cuyas flores se identifica, mientras que detesta los frutos de las plantas, aunque se alimente tan solo y parcamente de ellos, ya que los frutos llevan la semilla de la vida, del cuerpo y, por lo tanto, también de la muerte. Esta terrible obsesión es descrita por Unamuno con respeto y conmovedora emoción compartida, compenetrándose con el personaje y compadeciéndolo desde una postura de solidaridad humana, tal vez porque la muerte era también una especial obsesión unamuniana, y de ahí lo conmovedor de tantos pasajes de este cuento. Este representa, dentro de «Las peregrinaciones de Turismundo», la dimensión emocional y poética, presente esta última sobre todo a través de la imagen del rosal. Esta dimensión contrasta con la dimensión fantástica y especulativa de las partes primera y segunda, y con la humorística y sarcástica de la cuarta, pero todas ellas constituyen otras tantas respuestas a la angustia fundamental de Turismundo ante la soledad existencial a que lo condena la ausencia de ese Dios unamuniano sumido en su misterioso sueño.

La montaña Queda

Turismundo y su Quindofa caminaban ligeros y animosos hacia la montaña Queda, que, como una nube sólida, cerraba las últimas lejanías del campo. Llevaban consigo todas las cosas, porque todo lo suyo se encontraba en ellos mismos. Sus palabras eran pocas y breves. Cuando no miraban la montaña lejana, miraban el suelo pedregoso. A trechos se detenían a la orilla de un riachuelo o a los pies de cualquier fresno solitario perdido en el desierto y se confortaban rápidamente con algo que Quindofa traía (Turismundo no veía ni se cuidaba de saber de dónde) y que mojaban en el agua que manaba al pie de los fresnos, corriendo hacia abajo al aire y al sol. A veces, para alcanzarla, debían romper la alfombra blanca y florida de algas que cubría la superficie de los arroyuelos.

—¡Gracias a Dios! —exclamó Turismundo cuando vio los hermosos contornos de la nube lejana transformarse poco a poco en las crestas de la montaña, mientras aparecían con más claridad las sombras de los precipicios y de las cumbres.

La montaña tenía la apariencia de algo encantado. Se diría que era una pirámide

formada de piedras preciosas y de joyas resplandecientes de pureza. A trechos, el sol hacía brillar las cimas más altas, como diamantes. Los arbolillos y los matorrales diseminados por las faldas y las laderas de la Queda parecían, vistos de lejos, grupos de animales que pacieran en el monte y, envuelto en un vapor invisible que se sentía reinar en aquella cumbre, se adivinaba que allí estaba el «trono de la paz».

—¡Qué tranquilidad se debe de gozar arriba, sobre la cima más alta! —suspiró Turismundo.

—Allá no se encuentra un insecto vivo — le respondió Quindofa, casi confirmando su pensamiento, y añadió:

—Solo hay allí una colmena cuyas abejas producen una miel dulcísima, pero poseen al mismo tiempo el aguijón más terrible.

—¿Y no podremos quedarnos allí para siempre?

—¿Para siempre, señor? ¿Para siempre como querían quedarse en el monte Tabor los discípulos de Cristo? ¡Imposible! ¡No se puede estar para siempre en la cima de la montaña Queda! O mejor dicho... se podría, pero...

—Pero... ¿qué?

—Arriba lo veremos, amo. Ahora hace falta caminar para llegar pronto, porque debemos bajar de la cima antes de que se ponga el sol. ¡Que no nos pille arriba la noche!

Cuando llegaron al pie de la montaña, embargó a Turismundo una profunda somnolencia y cayó tendido al suelo. Abrió los brazos, poniendo las manos en la hierba que le servía de yacija, cerró los ojos y, quedándose boca arriba, exclamó:

—Siento por todo el cuerpo un hormigueo como si estuviera echando raíces.

—Y si no reaccionas —le dijo Quindofa—, pronto sentirás también brotar las ramas y luego las hojas, y te quedarás dormido para siempre bajo tu mismo árbol, a la sombra de ti mismo.

—¿Para siempre? —preguntó asustado Turismundo.

—¿No querías tú descansar para siempre en la cima de la Queda? Tenemos que entendernos por fin sobre lo que significa verdaderamente la palabra «siempre».

—¿Y qué significa «siempre», Quindofa?

—Siempre, mi amo, quiere decir «nunca».

Turismundo se levantó de un salto, como si lo hubiera picado un insecto, y acometieron la subida. Como no había caminos hechos para los hombres, subían en zigzag oblicuamente, agarrándose de trecho en trecho a los arbustos y a las matas, que les servían casi de cuerdas. La subida era tan penosa que Turismundo ya no se atrevía a mirar la cima.

Habían emprendido la subida por la mañana temprano, antes del amanecer, casi a oscuras. Cuando los alcanzó el sol, Turismundo sufrió terriblemente sus efectos. Los tábanos y las moscas competían en chuparle la sangre y el sudor (de Turismundo, porque Quindofa no sudaba), y el zumbido de aquellos insectos se confundía con el zumbido de la sangre que

bullía en el cerebro. Sentía, además, una sed que le quemaba el cuerpo entero.

—Ya no puedo más, Quindofa —dijo, dejándose caer—: aquí me quedo... y para siempre.

—Súbete sobre mí —le respondió el otro, ofreciéndole los hombros.

Tras un breve trecho de camino, Turismundo, que antes iba a hombros de Quindofa, se percató de que ahora iba a la grupa de un asno. Su criado había desaparecido. Lo llamó angustiado —¿Quindofa!— y una voz que no procedía de la boca del asno, pero del aire algo distante de él, le respondió:

—¿Amo?

—¿Pero sigues siendo tú o te has convertido en un asno?

—No he cambiado; soy yo, Quindofa.

Turismundo prefirió callarse hasta que llegaron a la cima, que le pareció una vasta explanada. La montaña era una pirámide truncada.

La cima estaba llena de rocas de tamaño y forma humanos, casi como si fueran toscas estatuas de piedra dura, pero consumida por el hielo, el sol, la lluvia y el viento. Entre ellas manaba una fuente de la que Turismundo bebió hasta saciarse, pero al abarcar con la mirada la llanura a la que había llegado, el peregrino no pudo contener un grito de admiración y espanto. La llanura se había vuelto un mar, un mar agitado. Se veían muy bien las olas con sus blancas crestas de espuma. Sobre él, como barcas, navegaban algunas plantas diseminadas aquí y allá sobre la superficie, con las copas frondosas que servían de vela. No se veía la línea del horizonte, porque el mar se perdía en la lejanía y se fundía con el cielo, de modo que a Turismundo le parecía estar en un islote en medio de un huevo inmenso.

—¿Y esto? —preguntó Turismundo.

—Este mar, que hace poco era tierra, es plano, completamente plano. Aquí no ha venido aún Galileo, ni siquiera Tolomeo.

Turismundo alzó la mirada al cielo y vio un águila que reflejaba como un espejo el sol que la iluminaba y estaba quieta con las alas extendidas como si estuviera clavada en el aire. Se notaba que aquella fijeza, debida a un rapidísimo aleteo por el que parecían paradas, era un esfuerzo gigantesco, casi divino.

—¿Qué es eso que gotea del pico del águila? —preguntó Turismundo.

—La esencia de las abejas inmortalizadoras —respondió Quindofa, y llevó a su amo cerca de la colmena.

—Sé prudente, amo, y no intentes catar esta miel; las abejas te picarían y te causarían con la picadura un aturdimiento invencible, de manera que te quedarías aquí hasta la puesta de sol y, cuando el sol se pone, se levanta aquí un frío tal que los hombres se hielan y se convierten en esas rocas que has visto aquí en derredor. Todos ellos son inmortales.

—¡Yo también quería serlo! —gritó Turismundo.

—¡Nunca, nunca, amo, nunca! —y los rasgos de su cara se le alteraron a Quindofa de tal forma que su amo tembló hasta la médula.

El sol se ponía hacia aquel mar del que Quindofa decía que era plano, y la sombra de la montaña avanzaba cada vez más sobre las aguas, que se volvían tenebrosas. Se sentía la viva tentación de quedarse para ver el progreso de la sombra que, como una cuña de oscuridad, hendía la superficie marina; pero la tentación podía costar cara, según Quindofa. Había que evitar que el fin del día los sorprendiera allí. Y emprendieron el descenso. Alejarse de la cima era para Turismundo como si le arrancaran sus entrañas mismas y no se atrevía a volverse a mirar. Era como si la vida misma se le escapase escabulléndose bajo sus pies. Habría podido creerse suspendido en el aire.

Cuando llegaron al llano por el lado opuesto a aquel por el que habían subido, Quistofa dijo, señalando unas ruinas en la lejanía:

—Aquello es un monasterio abandonado. Ahora dormiremos aquí al pie de este árbol y mañana iremos a ver entre esas ruinas desiertas el «rosal del cartujo».

—Pero ¡cuánto tiempo se pierde recorriendo tanto espacio! —sentenció Turismundo, y Quindofa, riendo maliciosamente, subrayó:

—Sí, precisamente tanto cuanto es el espacio que se pierde con el pasar del tiempo.

El rosal del cartujo

Cuando Turismundo atravesó junto a Quindofa el umbral de la antigua cartuja, ahora arruinada, le pareció que una sensación de vida demasiado intensa se había apoderado de él. En verdad, la vida brotaba demasiado floreciente de aquellas ruinas. Plantas de saúco, higueras, matas de salvia, duros troncos de boj, césped de hiedra y de ruca, todas las diversas familias de arbustos y hierbas crecían entre las piedras derribadas y bebían su jugo de vida del polvo sembrado en derredor por todas partes.

Los saúcos estaban en flor. Al oír los pasos de los dos peregrinos, unos conejos que estaban retozando huyeron a sus madrigueras. Una lagartija que subía por una columna truncada dobló un poco la cabecita para mirarlos de reojo. Oyeron el zumbido de algunas abejas que revoloteaban en torno a una colmena construida bajo el ara de un altar antiguo. Y de todo aquel vario florecimiento de vida ascendía como una vaharada de sencillez campestre.

—Es el terreno abonado del claustro —dijo Quindofa.

Turismundo recogió entre las piedras una mariposa mientras decía:

—¿Quién sabe si esta mariposa no está impregnada de la sangre manada de las carnes martirizadas por el cilicio de algún cartujo...?

—O quién sabe de qué... —y se calló Quindofa.

Avanzaron para visitar las antiguas celdas, ahora abiertas al sol. Allí donde habían vivido un día los pobres frailes atormentados por las espinas, brotaba ahora, hecha tierra, la carne humana que había padecido martirizándose, bajo las humillaciones del espíritu.

Al entrar en una de aquellas que antaño habían sido celdas, se detuvieron asombrados ante un gran ramo de rosas encarnadas que se abrían en un lozano rosal. Eran espléndidas rosas que parecían sangrar de las vetas rojas, en las que pegaban los rayos del sol.

—¿Y en torno a estas flores no vienen las abejas? —preguntó Turismundo.

—¿Y qué vendrían a hacer aquí —respondió Quindofa—, si estas flores de jardín, de invernadero, no ofrecen miel a las abejas? Y no dan siquiera fruto.

Quindofa se inclinó hacia el suelo, excavó un poco entre las piedras y entre los espinos, y se irguió sacando a plena luz un cráneo. Lo

levantó en alto y Turismundo miró a través de las cuencas desde las cuales los ojos habían visto antaño brillar la luz del sol. Los dientes blancos de la mandíbula superior parecían sonreír de manera extraña, como si no se dieran cuenta siquiera de la falta de los demás.

—Este es sin duda el cráneo de quien plantó y cuidó el rosal... —observó Turismundo.

Quindofa siguió excavando la tierra y enseguida descubrió un cofrecillo en cuya tapa figuraba esculpida una cruz coronada de espinas y el anagrama del nombre de María. Como la cerradura estaba corroída por la humedad de las lluvias de tantos años, pudo abrirla. Dentro había un manuscrito.

—¿Puedes leerlo, Quindofa?

—Sí, y también traducirlo. Pero vamos a comer primero nuestras provisiones en lo que era antes el refectorio común y luego, cuando hayamos terminado, leeré ese testamento o confesión de ultratumba, porque otra cosa no puede ser.

Y cuando hubieron acabado los últimos duraznos aterciopelados y carnosos que habían dejado calentarse al sol, exprimiéndoles el jugo hasta hacerles destilar gotas que de las bocas resbalaban al pecho, Quindofa leyó la última confesión del cartujo del rosal, cuyo contenido era más o menos el que sigue:

«Desde cuando era muy pequeñito, hasta el día más remoto que podía alcanzar su memoria, tal vez desde cuando sus manitas, que no sabían aún apretar, se posaban sobre el tibio seno de su madre, Conrado había sentido cerca de sí la presencia invisible de la Muerte. Y según iba avanzando en la vida, le parecía siempre que dos manos huesudas, esqueléticas, lo cogían de las axilas y sentía a su espalda la mirada vacía de dos cuencas que eran los ojos de ella, de la Muerte. Vivía siempre angustiado por un terror demente de no poderse despertar más.

»Pero el peor tormento de la vida de Conrado, tras su niñez, fue la vista de la carne de la mujer. La carne de la mujer hacía más profunda a sus ojos la mirada de las dos cuencas de la Muerte que se escondía a su espalda, y su corazón se ponía a latir con fuerza.

»Por eso huía al principio solo de las mujeres, pero luego también de los varones, e iba solo a los lugares más desiertos, a la cima de las montañas y a lo más tupido de los bosques. Acabó muy dificultosamente sus estudios. Nada le parecía cierto de lo que le enseñaban y, por lo demás, ¿qué le importaba a él que las cosas estuvieran hechas así como decían o de cualquier otro modo? ¿Qué le importaba a él el fruto de la ciencia del bien y del mal? ¡Si hubiera podido catar la flor...! ¡La flor, sí! ¡La flor del árbol de la ciencia del bien y del mal? Pero el árbol de la ciencia del bien y del mal maduraba frutos, pero no tenía flores. Era el sueño sin ensueños.

»Apenas pudo, se refugió en la Cartuja, que le parecía el lugar más apropiado para proseguir su vida. No fue la fe la que lo empujó a la vida claustral, sino el deseo de soledad, el deseo de vivir a solas con su terror a la Muerte, para cultivarlo en secreta adoración. Porque ese terror era su vida.

»En la cartuja no quisieron recibirlo como monje, porque todavía era demasiado joven y también porque no creyeron en su vocación. Lo acogieron como sirviente laico para ponerlo a prueba. Sin embargo, pronto profesó sus votos y empezó a estudiar para ser sacerdote. La vida de la cartuja y la monotonía de las funciones religiosas realizadas en común con los demás monjes parecían adormecer un poco sus terrores. Tan solo lo turbaba el calendario. No quería saber ni en qué año, ni en qué mes, ni en qué día vivía; deseaba que los días, al sucederse todos iguales, se convirtieran poco a poco en un solo día repetido como las cuentas de un

rosario enhebradas en el hilo negro del sueño sin ensueños de la muerte. Solo sabía que había verano e invierno, días y noches más largos y más breves. ¿Por qué no vivía en el ecuador, en una estación siempre igual, con los días y las noches siempre iguales?

»Con todo, no conseguía colmar el gran vacío de su corazón. Un día en que intentaba no pensar, mientras recitaba maquinalmente el rosario (le gustaba repetir inconscientemente los avemarías) se le ocurrió plantar un rosal.

»Cuando el rosal floreció en primavera su rosa, empezó la vida también para Conrado, pero ya antes lo habían apartado algo de sus imaginaciones las hojitas del rosal, con su pálido verde. Y cuando apareció el primer capullo, le pareció al cartujo que la vida se animaba también en él, sintió que la sangre le subía del corazón colmo al cerebro, como para protegerlo de las insidias de la mirada de la Muerte que tenía detrás de él, a su espalda. Y entonces vivió para defenderse de Ella, para desafiarla, para combatirla.

»Y así vivió después Conrado, el cartujo solitario, por el rosal, por el rosal que lo defendía de la Muerte. Lo cuidaba, lo limpiaba, estaba atento a que los gusanos y las hormigas no trepasen por sus ramas, regaba la tierra en derredor y la abonaba. En invierno contemplaba su esqueleto desnudo, sus ramas ateridas y soñaba con verlo revestido primero de verde y luego del rojo de sus flores. Y contaba los días y las noches interminables, a la espera de las primeras gemas aterciopeladas. Al aparecer los tiernos brotes, se le abría el corazón y redoblaba sus oraciones. Al brotar los primeros capullos de las rosas, su alegría ya no conocía límites.

»Durante todos los días que duraba la vida de las flores, variegadas de rojo sangre, ávidas de sol, Conrado exultaba en una ebriedad incesante. Sus compañeros lo percibían por el tono de la voz, velada y algo ronca, cuando

entonaban juntos los salmos. Se arrodillaba cerca de su rosal, posaba la boca en las rosas, cerraba los ojos y aspiraba voluptuosamente su perfume.

»Cuando las rosas empezaban a marchitarse y cuando los pétalos se deshojaban uno a uno, Conrado los cogía en las manos, miraba al sol a través de su transparencia y luego se los refregaba en los labios. Llegó incluso a comérselos, pero cuando notó su boca perfumada por el hálito carnoso de las flores, esa misma boca que había disuelto por la mañana el Cuerpo de Jesús, tuvo como un estremecimiento y la impresión de cometer un sacrilegio. Se tuvo horror a sí mismo. La mirada negra de la Muerte lo atravesaba como una hoja de acero y lo penetraba hasta el corazón. Y el frío de la hoja, por una paradoja absurda, le parecía ardiente. ¿Era aquello el hielo del infierno?

»No tuvo el ánimo de seguir comiendo las rosas, porque la rosa era una flor y no un fruto, pero las recogía con amorosa piedad. Según se iban deshojando, esparcía los pétalos de las rosas en su lecho, una dura tabla cubierta de una estera y una sábana sobre los que dormía. Y mientras dormía, todo él agitado por el terror que le infundía la oscuridad abisal del sueño, acariciaba con los dedos sus pétalos, con un temblor de agonizante.

»Después los ponía en un rincón del jardincillo de la celda, donde se amontonaban, donde se marchitaban, donde se volvían abono, aquel abono que habría querido que echaran sobre su cuerpo cuando, vencido por el espíritu, se hubiera restituido a la tierra y hubieran tenido que enterrarlo. Había dispuesto efectivamente que recubrieran su cuerpo frío, su cuerpo inerte y sin espíritu, con aquel montón de pétalos, de alas de las rosas encarnadas de su rosal.

»Mientras vivió en la cartuja no comió carne ni una sola vez; vivía solo de fruta. “Y esto

—decía— porque no puedo vivir de flores...” Sus compañeros lo trataban como a un loco, un loco inofensivo y tranquilo».

En su última confesión, la del cofrecillo abierto por Quindofa, hablaba de forma algo misteriosa de las terribles tentaciones de las que fue víctima, pero sin explicarlas. En esa última confesión decía que la vista de la sangre, incluso no humana, le daba vértigo y le privaba casi de la razón. Como tentación contra la fe, decía que, cuando recitaba el «Dios te salve, María», al llegar a las palabras «bendito sea el fruto de tu vientre», el Demonio le gritaba, dentro de su corazón, «¡Fruto no! ¡Flor, flor!» Decía, además, que se imaginaba el sol como una inmensa flor divina. El fruto no era sino el estuche de la semilla y la semilla era esqueleto, era Muerte.

«Nunca dejó que los pájaros hicieran nidos en su celda. Sí disfrutaba viendo revolotear los pajaritos, semejantes a flores aladas, pero no podía tolerar la vista de los huevos y de la madre que los incubaba. Le parecía que la Muerte los llevase en su seno».

—¡Cómo debió de sufrir ese hombre con su cuerpo! —exclamó Quindofa.

—¡Vámonos rápido de aquí! —añadió Turismundo.

—¿Y adónde?

—¿Qué importa saber adónde? ¡Sin flor..., sin fruto...!

Y reanudaron su camino.

Apéndice: texto de las versiones de Ettore de Zuani.

La montagna «Cheta»

Turismundo e il suo Quindofa camminavano leggeri e pieni di coraggio verso la montagna «Cheta» che, come una nube solida, chiudeva le ultime lontananze della campagna. Portavano con sé tutte le cose perché tutto il loro era in loro stessi. Le parole erano poche e brevi. Quando non guardavano la montagna lontana, guadavano il suolo sassoso. A tratti si fermavano presso la sponda di un ruscello, od ai piedi di qualche frassino solitario perso nel deserto e si ristoravano rapidamente con qualche cosa che Quindofa traeva (Turismundo non vedeva nè si curava da sapere da dove), e che inumidivano nell'acqua che sorgeva al piede dei frassini scorrendo giù all'aria ed al sole. A volte, per attingere, dovevano rompere il tappeto bianco e fiorito di alghe che copriva la superficie dei rigagnoli.

— Dio sia ringraziato — esclamò Turismundo quando vide i vaghi contorni della nube lontana trasformarsi man mano nelle creste della montagna, mentre apparivano più chiare le ombre dei burroni e delle vette.

La montagna aveva l'aspetto di una cosa incantata. Si sarebbe detta una piramide formata di pietre preziose e di gioie risplendenti di purezza. A tratti il sole faceva brillare le vette più alte, come diamanti. Gli arboscelli ed i cespugli sparsi alle falde e sui pendii della «Cheta» parevano, visti da lontano, gruppi di bestie che pascolassero sul monte; ed avvolto in un invisibile vapore che si sentiva regnare su quella vetta, si indovinava che lassù era il «trono della pace».

— Che tranquillità si deve godere lassù sul culmine estremo! — sospirò Turismundo.

— Là non si trova un insetto vivente — gli rispose Quindofa quasi a confermare il suo pensiero; ed aggiunse:

— Vi è solo un alveare le cui api producono un dolcissimo miele, ma posseggono in pari tempo il più terribile pungiglione.

— E non potremmo fermarci lassù per sempre?

— Per sempre, signore? Per sempre come volevano fermarsi sul Monte Tabor i discepoli

di Cristo? Impossibile! Non si può stare sempre sulla cima della montagna «Cheta»! O meglio... si potrebbe, ma...

— Ma... che cosa?

— Lassù lo vedremo, padrone. Ora bisogna camminare per giungere presto, perché prima che il sole tramonti dobbiamo scendere dalla cima. Che non ci colga lassù la notte!

Quando arrivarono ai piedi della montagna, Turismundo fu preso da una profonda sonnolenza e cadde disteso a terra. Allargò le braccia ponendo le mani sull'erba che gli era giaciglio, chiuse gli occhi, e rimanendo supino esclamò:

— Sento per tutto il corpo un formicolio come se stessi mettendo radici.

— E se non reagisci — gli disse Quindofa — presto sentirai spuntare anche i rami e poi le foglie e ti addormenterai per sempre sotto il tuo stesso albero, all'ombra di te stesso.

— Per sempre? — chiese spaventato Turismundo.

— Non volevi tu riposare per sempre sulla cima della «Queta»? Bisogna che ci intendiamo una volta su ciò che veramente significa la parola «sempre».

— E che significa «sempre», Quindofa?

— «Sempres», padrone mio, vuol dire «mai».

Turismundo si alzò di un salto, come punto da un insetto; ed attaccarono la salita. Siccome non vi erano strade fatte per gli uomini, salivano in zig-zag obliquamente, attaccandosi tratto tratto agli arbusti ed ai cespugli che loro servivano quasi da corde. La salita era tanto penosa che Turismundo non osava più guardare la cima.

Avevano cominciata la salita il mattino per tempo, prima dell'alba, quasi al buio. Quando il sole li raggiunse, Turismundo ne sentì terribilmente gli effetti. Tafani e mosche facevano a gara nel suggergli il sangue ed il

sudore (a Turismundo, perché Quindofa non sudava), ed il ronzio di quegli insetti si confondeva con il ronzio del sangue che gli turbinava nel cervello, e sentiva inoltre una sete che gli ardeva il corpo tutto.

— Non ne posso più, Quindofa — disse lasciandosi cadere —: qui me fermo... e per sempre.

— Monta su di me — gli rispose l'altro offrendogli le spalle.

Dopo breve tratto di camino, Turismundo che prima stava sulle spalle di Quindofa, si accorse di essere ora in groppa ad un asino. Il suo servo era sparito. Lo chiamò angosciato — Quindofa! — ed una voce che non proveniva dalla bocca dell'asino ma dall'aria un po' discosto da lui gli rispose:

— Padrone?

— Ma sei ancora tu o sei divenuto un asino?

— Non sono cambiato; sono io, Quindofa.

Turismundo preferì tacere fino a che arrivarono alla cima che gli apparve come una vasta spianata. La montagna era una piramide tronca.

La cima era piena di rocce di grandezza e forma umana quasi fossero rozze statue di pietra dura, ma consumata dal gelo, dal sole, dalla pioggia e dal vento. Fra esse zampillava una fonte alla quale Turismundo bevve a sazietà. Ma nello spaziare con lo sguardo sulla pianura dove era giunto, il pellegrino non poté trattenere un grido di ammirazione e di spavento. La pianura era diventata un mare, un mare agitato. Si vedevano molto bene le onde con le loro bianche creste di schiuma. Su di esso, come barche, navigavano alcune piante sparse qua e là sulla superficie con le cime frondose che servivano da vela. Non si vedeva la linea dell'orizzonte perché il mare in lontananza si perdeva e fondeva nel cielo, per modo che pareva a Turismundo di essere su di un isolotto in mezzo ad un immenso uovo.

— E questo? — chiese Turismundo.

— Questo mare che poco fa era terra è piano, interamente piano. Qui ancora non è venuto Galileo e neppure Tolomeo.

Turismundo alzò gli occhi al cielo e vide un'aquila che rifletteva come uno specchio il sole che la illuminava ed era ferma con le ali stese come inchiodata nell'aria. Si sentiva che quella fissità dovuta ad un rapidissimo battere delle ali che perciò parevano ferme, era uno sforzo gigantesco, quasi divino.

— Che cosa è quello che cade a gocce dal becco dell'aquila? — chiese Turismundo.

— L'essenza delle api immortalizzatrici — rispose Quindofa, e condusse il padrone presso l'alveare.

— Sii cauto, padrone, e non cercare di assaggiare questo miele; le api ti pungeranno causandoti con la puntura uno stordimento invincibile per modo che tu resteresti qui fino dopo il tramonto del sole; e quando il sole tramonta si leva qui un freddo tale che gli uomini gelano e si convertono in queste rocce che hai viste qui intorno. Tutti quelli sono immortali.

— Anch'io vorrei esserlo — gridò Turismundo.

— Mai, mai, padrone, mai! — e i lineamenti della faccia si alterarono in tale modo a Quindofa per il terrore che il suo padrone tremò fino alla midolla.

Il sole tramontava verso quel mare che Quindofa diceva essere piano e l'ombra della montagna avanzava sempre più sulle acque che si facevano tenebrose. Si provava la tentazione viva di fermarsi per vedere il progredire dell'ombra che, come un immenso cuneo di oscurità, fendeva la superficie marina; ma la tentazione poteva costare cara, secondo Quindofa. Bisognava evitare di esseri sorpresi là sopra dalla fine del giorno. E cominciarono la discesa. Staccarsi dalla cima era per Turismundo come se lo strappassero dalle sue stesse viscere ed egli non osava rivolgersi a guardare. Era come se la vita stessa gli sfuggisse scivolando sotto i piedi. Egli si sarebbe potuto credere sospeso nell'aria.

Quando giunsero al piano per il lato opposto a quello per cui erano saliti, Quindofa mostrando alcune rovine in lontananza disse:

— Quello è un monastero abbandonato. Ora dormiremo qui al piede di questo albero e domani andremo a vedere fra quelle rovine deserte il «Rosaio del Certosino».

— Ma quanto tempo si perde nel percorrere tanto spazio! — sentenziò Turismundo; e Quindofa, sogghignando maliziosamente, sottolineò:

— Sì, precisamente tanto quanto è lo spazio che si perde nel passare del tempo.

Il rosaio del certosino

Quando Turismundo varcò la soglia dell'antica Certosa ora in rovina assieme con Quindofa, gli parve che un sentimento di vita troppo intensa s'impadronisse di lui. La vita infatti usciva troppo fiorente da quelle rovine. Piante di sambuco, alberi di fico, cespugli di salvia, duri tronchi di bosso, tappeti di edera e di ruchetta, tutte le varie famiglie degli arbusti e delle erbe crescevano fra quelle pietre diroccate bevendo il loro succo di vita dalla polvere che dovunque era sparsa intorno.

I sambuchi erano in fiore. Al sentire i passi dei due pellegrini, alcuni conigli che stavano ruzzando fuggirono nelle loro tane. Una lucertola che saliva su per una colonna troncata piegò un poco la sua testina per guardarli con la coda dell'occhio! Udirono il ronzio di alcune api che svolavano attorno a un alveare costruito sotto l'ara di un altare antico. Alcuni ragni correvano di qua e di là. E da tutto quel vario fiorire di vita saliva come una vampata di calda semplicità campestre.

— È il terreno concimato del chiostro — disse Quindofa.

Turismundo raccolse fra le pietre un papavero, dicendo:

— Chissà che questo papavero non sia imbevuto del sangue uscito dalle carni martoriate dal cilicio di un qualche certosino!...

— O chissà che... — e si tacque Quindofa.

S'inoltrarono a visitare le antiche celle bene aperte ora al sole. Là dove un giorno erano vissuti i poveri frati tormentati dalle spine, usciva ora, divenuta terra, la carne umana che aveva spasimato il martirio, sotto le umiliazioni dello spirito.

Nell'entrare dentro una di quelle che un giorno erano state celle, si fermarono stupiti davanti a un gran mazzo di rose incarnate che sbocciavano da un rigoglioso rosaio. Erano splendide rose che sembravano sanguinare dalle rosse venature contro le quali battevano i raggi del sole.

— È intorno a questi fiori non vengono le api? — chiese Turismundo.

— E che cosa dovrebbero venir a fare? — rispose Quindofa. — Che cosa mai, se questi fiori di giardino, di serra, non offrono miele alle api? E non danno neppure frutto.

Quindofa si chinò a terra, scavò un poco fra le pietre, fra gli spini e si alzò mettendo in piena luce un teschio. Lo levò in alto e Turismundo

guardò attraverso i buchi dai quali un giorno gli occhi avevano visto brillare la luce del sole. I denti bianchi della mascella superiore sembravano sorridere in una maniera strana come se non si accorgessero neppure della mancanza degli altri.

— Questo è senza dubbio il cranio di colui che piantò e curò il rosaio... — osservò Turismundo.

Quindofa continuò a scavare per terra e di lì a poco scoperse un cofanetto sul coperchio del quale era scolpita una croce coronata di spine e l'anagramma del nome di Maria. Siccome la serratura era corrosa ormai dall'umidità delle piogge di tanti anni, poté aprirla. Dentro c'era un manoscritto.

— Puoi leggerlo, Quindofa?

— Sì, e tradurlo anche. Però andiamo prima a mangiare le nostre provviste in quello che fu un giorno il refettorio comune e poi, quando avremo terminato, leggerò questo testamento o confessione d'oltretomba, che altro non può essere.

E quando ebbero terminate le ultime mele cotogne vellutate e carnose che avevano lasciato intepidire al sole, spremendone il sugo fino a farne stillare delle gocce che dalla bocca scivolavano sul petto, Quindofa lesse l'ultima confessione del certosino del rosaio, il contenuto della quale era press'a poco così:

«Fin da quando era molto piccino, fino dal più lontano giorno al quale poteva giungere la sua memoria, forse fin da quando le sue manine che non sapevano ancora stringere, si posavano sul tiepido seno di sua madre, Corrado aveva sentito presso di sé la presenza invisibile della Morte. E a mano a mano che s'inoltrava nella vita, gli pareva sempre che due mani ossute, ischeletrite lo prendessero sotto le ascelle e sentiva, dietro di sé, alle sue spalle, lo sguardo vuoto dei due buchi che erano gli occhi di lei,

della Morte. Viveva sempre nell'angoscia di un folle terrore di non potersi più risvegliare.

«Ma il più grande tormento della vita di Corrado, dopo la sua fanciullezza, fu la vista della carne della donna. La carne della donna faceva più profondo, ai suoi occhi, lo sguardo dei due buchi della Morte che si nascondeva dietro le sue spalle; e il cuore gli si metteva a battere forte.

«Per questo fuggiva davanti alle donne soltanto, poi anche davanti agli uomini e andava solo nei luoghi più deserti, in cima alle montagne e nel più folto dei boschi. Compì i suoi studi con grande difficoltà. Niente gli pareva certo di ciò che gli insegnavano; e del resto che importava a lui che le cose fossero fatte così come gli dicevano o in qualunque altra maniera? Che cosa importava a lui il frutto della scienza dell'albero del bene e del male? Se avesse potuto gustarne il fiore?... Il fiore, sì! Il fiore dell'albero della scienza del bene e del male! Ma l'albero della scienza del bene e del male maturava dei frutti, ma era senza fiori. Era il sonno senza sogni.

«Non appena poté si rifugiò nella Certosa che gli sembrava il luogo più adatto per continuare la sua vita. Non la fede lo spinse alla vita claustrale, ma il desiderio di solitudine, il desiderio di vivere da solo col suo terrore della Morte, per coltivarlo in segreta adorazione. Poiché questo terrore era la sua vita.

«Nella Certosa non lo vollero ricevere come monaco perché era ancora troppo giovane e anche perché non credettero alla sua vocazione — lo accolsero come servo laico per metterlo alla prova. — Ma in seguito fece i suoi voti e incominciò a studiare per divenire sacerdote. La vita della Certosa, la monotonia delle funzioni religiose compiute in comunanza cogli altri monaci sembrava assopire un poco i suoi terrori. Lo turbava soltanto il calendario. Non voleva mai sapere né in quale anno, né in quale

mese, né in quale giorno viveva; desiderava che i giorni, succedendosi tutti uguali, divenissero a poco a poco un sol giorno ripetuto come i grani di un rosario intrecciati nel filo nero del sonno senza sogni della notte. Sapeva solo che c'erano la state e l'inverno, giorni e notti più lunghi e più brevi. Perché non viveva all'Equatore, in una stagione sempre uguale, coi giorni e con le notti sempre uguali?

«Ma con tutto questo non riusciva a calmare il gran vuoto del suo cuore. Un giorno che cercava di non pensare, mentre recitava meccanicamente il rosario — gli piaceva ripetere senza coscienza le avemarie — gli venne in mente di piantare un rosario.

«Quando il rosario fiorì in primavera la sua rosa, cominciò la vita anche per Corrado. Già prima però le foglioline del rosario col loro pallido verde lo avevano un poco allontanato dalle sue fantasticherie. E quando apparve il primo bottone, parve al certosino che la vita si animasse anche in lui, sentì che il sangue gli saliva dal cuore gonfio al cervello, come per proteggerlo dalle insidie dello sguardo della Morte che aveva dietro di sé, alle sue spalle. E visse allora per difendersi di Lei, per sfidarla, per combatterla...

E così in seguito Corrado, il certosino solitario, visse per il rosario, per il rosario che lo difendeva dalla Morte. Lo curava, lo puliva, stava attento che i vermi o le formiche non si arrampicassero sopra i suoi rami, bagnava la terra all'intorno, e metteva del concime. D'inverno contemplava il suo scheletro nudo, i suoi rami intrizziti e sognava di vederlo rivestito di verde dapprima e poi del rosso dei suoi fiori. E contava i giorni e le notti interminabili, in attesa delle prime gemme vellutate. All'apparire dei teneri germogli gli si apriva il cuore e raddoppiava le sue preghiere. Allo sbocciare dei primi bottoni delle rose la sua gioia non aveva più limiti.

Per tutti i giorni che duravano in vita i fiori, variegati di rosso sangue, avidi di sole, Corrado esultava in una ebbrezza continua. I suoi compagni se ne accorgevano dal tono della voce, velata e un po' roca, quando cantavano insieme i salmi. S'inginocchiava presso il suo rosario, appoggiava la bocca alle rose, chiudeva gli occhi e aspirava voluttuosamente il loro profumo.

«Quando le rose incominciavano ad appassire e quando i petali si sfogliavano a uno a uno, Corrado li raccoglieva fra le mani, guardava il sole, attraverso la loro trasparenza, e poi se li passava sopra le palpebre e se li stropicciava contro le labbra. Giunse persino a mangiarli, ma tuttavia quando sentì la sua bocca profumata dall'alito carnoso dei fiori, quella stessa bocca che al mattino aveva disciolto il Corpo di Gesù, ebbe come un brivido e l'impressione di compiere un sacrilegio. Ebbe orrore di sé stesso. Lo sguardo nero della Morte, come una lama di acciaio lo passava da parte a parte e gli entrava fino al cuore. E il freddo della lama, per un assurdo paradosso, gli pareva bruciante. Era forse quello il gelo dell'inferno?

«Non ebbe il coraggio di mangiare ancora le rose, perché la rosa era un fiore e non un frutto, ma tuttavia le raccoglieva con amorosa pietà. A mano a mano che si sfogliavano, spargeva nel suo letto, una dura tavola coperta di una stuoia e di un lenzuolo sul quale dormiva, i petali delle rose. E mentre dormiva, tutto agitato dal terrore che gli incuteva l'oscurità abissale del sonno, accarezzava con le dita i suoi petali, con un tremore di agonizzante.

«Poi li metteva in un angolo del giardinetto della cella, dove si ammucchiavano, dove marcivano, dove diventavano concime, quel concime che avrebbero buttato sopra il suo corpo, quando, vinto dallo spirito, si fosse reso alla terra e avessero dovuto seppellirlo. Aveva infatti disposto che ricoprissero il suo corpo

freddo, il suo corpo inerte e senza spirito, con quel mucchio di petali, di ali delle rose incarnate del suo rosaio.

«Fin che visse, nella Certosa, non mangiò carne neppure una volta; viveva soltanto di frutta. “E questo — diceva — perché non posso vivere di fiori...!” I suoi compagni lo trattavano da pazzo, un pazzo innocuo e tranquillo».

Nella sua ultima confessione, quella del cofanetto che aperse Quindofa, parlava in forma un po' misteriosa delle terribili tentazioni delle quali fu vittima, senza però mai spiegarle. In quest'ultima confessione diceva che la vista del sangue, anche non umano, gli dava le vertigini e gli toglieva quasi la ragione. Come tentazione contro la fede, diceva che quando recitava il «Dio ti salvi, Maria», arrivato alle parole: «benedetto sia il frutto del tuo ventre», il Demonio, dentro il suo cuore, gli gridava:

«Frutto no! Fiore! Fiore!». Diceva inoltre che s'immaginava il sole come un immenso fiore divino. Il frutto non era altro che la teca della semenza e la semenza era scheletro, era Morte.

«Non lascio mai che nella sua cella gli uccelli facessero nidi. Godeva, sì, di veder volteggiare gli uccellini, simili a fiori alati, ma non poteva tollerare la vista delle uova e della madre che li covava. Gli pareva che la Morte li portasse nel suo grembo».

— Come dovè soffrire quest'uomo col suo corpo! — esclamo Quindofa.

— Andiamo subito via di qui! — aggiunse Turismundo.

— E dove?

— Che importa saper dove? Senza fiore... senza frutto!...

E ripresero il loro cammino.